

INTRODUCCIÓN DE DONNA HARAWAY
UNA FAMILIA
DE FIGURACIONES
FEMINISTAS

Aprendí a leer y escribir dentro de mundos en guerra. Nací poco antes de que acabara la Segunda Guerra Mundial, crecí en la Guerra Fría, hice el posgrado durante la Guerra de Vietnam, y preparo la publicación de estas páginas¹ durante la invasión de Irak por parte de mi país (y ésta es sólo la versión corta). Tales guerras son *personales*; me han convertido en quien soy. Me sitúan, lo quiera o no, ante obligaciones heredadas. Estos mundos en guerra constituyen el *vientre del monstruo* desde el cual he tratado de retratar de forma vívida un conjunto de figuras feministas emparentadas entre sí. Espero que estas particulares figuras puedan guiarnos hacia un lugar más habitable, uno que, siguiendo el espíritu de la ciencia-ficción, he denominado «lugar-otro».

En las figuras se concentran esperanzas y temores, pero también posibilidades y peligros. Imaginarias y materiales a un mismo tiempo, las figuras arraigan a las personas en relatos determinados y las vinculan con historias específicas. Los relatos son siempre más generosos, más espaciosos que las ideologías; por ello, constituyen una de mis esperanzas

1 Reproducimos en esta introducción las palabras preliminares de la autora en la compilación de artículos aparecida en 2004, con el título *The Haraway Reader* (Nueva York y Londres; Routledge). Para evitar incongruencias en la lectura, omitimos aquellas referencias a textos y artículos no recogidos en nuestro volumen. [N. del T.]

más firmes. Quiero saber cómo habitar en las historias y en los relatos, en lugar de renegar de ellos. Quiero saber cómo vivir críticamente tanto en los nuevos parentescos como en los heredados, de un modo que no sea condenatorio ni celebratorio. Quiero saber cómo ayudar a construir relatos *en marcha* antes que historias *cerradas*. En este sentido, mis reflexiones sobre el parentesco versan sobre cómo mantener en marcha los linajes, incluso a pesar de que sus miembros se *desfamiliaricen* y las líneas se conviertan en redes, los árboles en explanadas, las genealogías en grupos de afinidad.

Mis parentescos están formados por floridas entidades mágicas, orgánicas y textuales con las que compartimos la tierra y nuestra carne. Dichas entidades están rebosantes de vida, y sería un grave error considerarlas desde una perspectiva principalmente antropomórfica o antropocéntrica. No todas las intervenciones y no todos los actores son humanos. De hecho, si Bruno Latour me convenció de que «nunca hemos sido modernos», creo firmemente que *nunca hemos sido humanos*, y mucho menos hombres. Ésta es una de las razones por las que me gusta explorar las representaciones que no se resuelven en los rasgos específicos del hombre, incluso cuando parecen haber nacido para ello.

No obstante, y desde mi punto de vista, las personas son humanas en al menos un importante sentido. Somos miembros de una especie biológica, el *Homo sapiens*. Eso nos coloca de manera ineludible dentro de la ciencia, la historia y la naturaleza; justo en el corazón de las cosas. Además, estoy profundamente enamorada de la biología (del discurso y de los seres, de la manera de conocer y del mundo conocido a través de tales prácticas). La biología es histórica hasta la médula, inevitablemente. No hay una frontera en donde la evolución acabe y la historia comience, en donde los genes se detengan y el medioambiente inicie su marcha; en donde la cultura mande y la naturaleza obedezca, o viceversa. En su lugar, hay tortugas y más tortugas apiladas sobre tortugas de naturaleza/cultura *hasta el infinito*. Cada ser en cuestión constituye una complejidad de historias

en formación (de todas ellas), así como cualquier genoma que merezca la pena decantar implica un encuentro de todos los acontecimientos infecciosos congregados en las criaturas provisionales y emergentes que los occidentales llamamos *individuos*, pero que los melanesios, quizá de modo más profético, llaman *dividuos*.

[...]

Los artículos en este libro a menudo se enfurecen con aquello que amo. Todos ellos insisten en que la ciencia y el feminismo, el antirracismo y los estudios sobre ciencia, la biología y la teoría cultural, la ficción y los hechos, cohabitan (y deben cohabitar) estrechamente. Mi ira no es hacia el *relativismo*, en el sentido de que los hechos o las ficciones constituyan cuestiones de «opinión personal» o de «diferencia multicultural». Todo lo contrario. Los dualismos epistemológicos y colonialistas, tanto del relativismo como del realismo, requieren llevar a cabo virajes metafóricos con una dosis de amor y rabia. Los anarquistas sabían esto perfectamente; ellos llevaron a cabo duras reivindicaciones gnoseológicas, no insípidas treguas. A pesar de los muchos problemas existentes, necesitamos practicar diciendo: «ninguno de los anteriores». Puede existir otro lugar, no como una fantasía utópica o una vía de escape relativista, sino nacido de la ardua (y a veces gratificante) labor de permanecer juntos en un grupo de parentesco que incluya a cíborgs y diosas trabajando conjuntamente por la supervivencia cotidiana.

Muchas de las entidades que reclaman mi atención en este libro fueron concebidas a través de aparatos reproductivos de guerra.² «Las promesas de los monstruos» siembra el caos en

2 Quizá la más conocida de todas sea el cíborg. *El Manifiesto Cíborg* no fue sólo el primer artículo que escribí en un ordenador, sino también un intento desesperado, durante los primeros años de la era Reagan, por reunir en un mismo lugar una serie de cuestiones imposibles, a la vez ciertas y necesarias. Riéndose y lamentándose de la cibernética, el *Manifiesto* fue una tentativa por crear una especie de protocolo-informático-loco para tiempos pe-

una de las más sofisticadas tecnologías de los análisis estructuralistas y postestructuralistas: el cuadrado semiótico. Atravesando el espacio real, el exterior, el interior y, finalmente, el espacio virtual, el viajero de este ensayo aprende, en palabras del relato breve de ciencia-ficción firmado por John Varley, que para tener una oportunidad en un mundo inconcluso, en un relato en marcha, hemos de «pulsar intro» («Press Enter», 1986). Debemos introducirnos en cada una de las numerosas conexiones y categorías subversivas para completar el sentido. Mejor paranoica por un exceso de conexiones, que muerta por carecer completamente de ellas.

«Testigo_Modesto@Segundo_Milenio» recuerda cuán importante es el conocimiento acumulativo, secular, revisable, vacilante y honesto para todo aquello que me interesa, y cuán «imparcial» pero «situado» es este conocimiento en realidad.³ Por ello, este ensayo se ocupa de los aparatos de producción de «testigos» en la tecnociencia con el in de defender a los *testigos modestos mutados*, aquellos más prevenidos ante cuestiones como la construcción del género y la raza en las potentes tecnologías del estilo de vida experimental.

«El patriarcado del osito Teddy» reflexiona sobre las prácticas

ligeros. Muchas personas, olvidando el componente de amor y rabia del que antes hablaba, leyeron el *Manifiesto* como el delirio tecno-conejo de una fembot extasiada, pero, para mí, se trataba de un sobrio alegato sobre el feminismo socialista. Escrito para la *Socialist Review*, la idea era reflexionar sobre cómo seguir haciendo crítica, sobre los peligros de la guerra y sus nostalgias, sobre cómo conciliar el ecofeminismo con la tecnociencia de manera carnal, y, de forma más amplia, sobre la posibilidad de escapar a los orígenes. Desde entonces, son muchos los que han usado la figura mutada y contradictoria del cibernético del *Manifiesto* para desarrollar sus propias investigaciones en el campo de las representaciones artísticas, los estudios sobre la ciencia o la teoría feminista.

3 El concepto de «conocimientos situados» o «conocimientos localizados» constituye uno de los pilares centrales del vocabulario filosófico de Donna Haraway. Por «conocimientos situados» la autora entiende aquellos saberes connotados por las experiencias particulares (de género, raza o clase) de quienes los generan y construyen. Asimismo, la autora ironiza con su propia teoría sobre los «conocimientos parciales» (Cfr. Donna Haraway: «Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial», *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995). [N. del T.]

científicas sobre el estudio de otros primates, especialmente los grandes simios. En museos, laboratorios y espacios naturales, los estudios sobre primates han constituido medios decisivos a la hora de construir y refutar las categorías populares y profesionales de *naturaleza* y *cultura*. Es imposible estudiar las ciencias sobre primates sin tener en cuenta que, gracias a estas prácticas de conocimiento, los humanos de este planeta sabemos mucho más que antes sobre nuestros parientes biológicos más cercanos. «Progreso» no es una mala palabra; pero el nuevo conocimiento supone un logro frágil y preciado. Además, en cada capa de la cebolla, el conocimiento científico, como cualquier otro tipo de saber, sigue siendo constitutivamente histórico y nada inocente. Todos los actores, humanos y no-humanos por igual, se sitúan en estas prácticas de conocimiento dentro de densas redes cotidianas. Las ciencias sobre primates (tanto lo que se conoce como el modo en que se crea el conocimiento) son *naturoculturales* hasta el fondo. De igual modo, el conocimiento progresivo no se precipita nunca fuera de la mezcla viscosa de las configuraciones cotidianas. Esto quiere decir que los discursos conjugados racialmente, basados en la clase social y saturados de género, a menudo son mucho más que pseudociencias, pero también significa que categorías como raza, género y clase podrían ser incorrectas a la hora de establecer alianzas y prácticas que, actuando en sintonía, constituyen formas de conocimiento cargadas de poder (y productoras de poder).

Por último, «Conversaciones de otro mundo» constituye una pieza confesional en donde se identifican las raíces de mi deseo erótico por las fusiones auguradas en la biología celular molecular; asimismo, también quiero ofrecer algunas de las herramientas analíticas necesarias para reconsiderar la naturaleza de la individualidad –tal como aparece, por ejemplo, en la *Mixotricha paradoxa*, un inconcebible parásito múltiple que vive en el intestino delgado de la termita del sur de Australia. Mis conocimientos situados tienden a recurrir frecuentemente

a la biología, por lo que ni siquiera estoy segura de qué es una metáfora y qué no.

[...]

De hecho, no estoy tanto escribiendo los mismos artículos una y otra vez como *abrazando* una compleja práctica colectiva, en la cual muchos escritores se entrecruzan, trazando entre todos la imagen apenas perceptible de un *lugar-otro*.

Donna haraway

*Las promesas de los monstruos: Ensayos sobre
Ciencia, Naturaleza y Otros inadaptables*

© Holobionte Ediciones - 2019

Traducción de Jorge Fernández Gonzalo